

en muchas naciones, después de concluidas las guerras, aunque hayan salido vencedores, los jefes y oficiales abandonan las armas y vuelven sin sueldo á su tienda, á su escritorio, á su bufete, á su taller, á su fábrica, á su granja agrícola, en una palabra, á sus ocupaciones habituales.

Si, por causas especiales, así no obra España y los gobiernos españoles no tienen energía, que no le coja á nadie de sorpresa lo que cualquier día le puede suceder á esta desgraciada nación, digna de mejor suerte, pues por propia experiencia sabe, que todas las teorías del derecho internacional han sido borradas por las naciones poderosas y que de nada sirve la fuerza de la razón ante la razón de la fuerza.

FEDERICO ZENKER.

Berlin, Mayo, 1899.



Análisis del chorizo

INVENTO infernal es este embutido tan antiguo como la codicia del hombre. Es como la bolsa del diablo, que de todo tiene menos moneda de legítimo cuño.

Fué inventado por un sobrino muy aprovechado del mismísimo demonio, quien le abandonó el campo de sus operaciones sobre la tierra por reconocerse á su lado un pobre diablo que no podía competir con él en trauernas, engaños, picardías y embelecos. Y no es el tal comestible sino un relleno de estos ingredientes.

Así es que la cuarta parte de la riqueza acaparada por la fabricación y comercio de artículos para el sustento del hombre, está representada por lo dejado por el ramo de embutidos. Cualquiera que venda algunos kilos diarios de este género, no sólo se hace rico, sino que lleva la prosperidad á las funerarias y demás industrias y profesiones relacionadas con la muerte. Es un hecho demostrado por numerosas estadísticas.

Verán Udes. ahora lo que es el *chorizo*.

Yendo yo hace muchos años á cierta comisión á Torrelaguna, lleguemo á una de las ventas que hay en el trayecto de Madrid á dicho punto en demanda de algo para comer: no había nada; todo, al decir del ventero, se había concluido; después de mucho insistir para que buscaran algo, me presentaron el producto de minuciosa rebusca; era un chorizo que acepté con gusto y gratitud, después

de pagar por él doce cuartos, precisamente el doble de lo que costaba en Madrid.

Continuando mi marcha fui á saborear la vianda, tratando de hincarle el diente, y perdí dos en el ataque: el chorizo era invulnerable. Demandé la navaja al compañero de comisión, y no bien hube emprendido este segundo ataque, cuando si no es por el oportuno apoyo de mi compañero me caigo de espaldas; el arma, que era de acero fino de Toledo, quedó totalmente mellada como si fuera de mazapán de igual origen.

Entonces, sustituyendo al hambre el sentimiento de curiosidad por conocer los componentes del extraño objeto que entre mis manos tenía, me decidí á hacer su análisis.

Entre los útiles necesarios para la comisión llevábamos martillos y cortafríos, y antes de echar mano de estos instrumentos, observé la forma exterior del embutido, que no difería sensiblemente de la de sus homólogos; solamente llamóme la atención una serie de manchas cardeno negruzcas que *d-coraban* su superficie, y de trecho en trecho ciertas exudaciones de un color verdoso desteñido.

Después de furiosos martillazos y bajo el acerado filo del cortafrío, que sacaba del chorizo verdaderas cataratas de chispas, pude lograr la separación de una pequeña parte de la masa areolítica.

Examinada esta parte ofrecía el resultado siguiente:

- 1.º Pedazo de cubierta, una especie de piel de caimán, muy propia para correas de transmisión.
- 2.º Atadura correspondiente á uno de los extremos, consistente en una tira de color azul perdido, que debía provenir de una media de las usadas por las viejas lugareñas.
- 3.º Otra tira también del otro extremo, consistente en un trozo de tomiza, sacada sin duda de algún rueda ó felpudo de desecho.
- 4.º Un pedacito de jamón, digo de tacón, con vestigios de herradura.
- 5.º Un fragmento de hocico de gato, al que no habían tenido tiempo de afeitar los bigotes.
- 6.º Un alón de ave...de la clase de murciélago.
- 7.º Un budujón ó aglomeración de callos, pezuñas y tripas retorcidas en forma de bordones de guitarra.

El resto, ¡ah! el resto, ya no pudo ser atacado por el hierro.

Llévle al pueblo, y en casa del herrero fundidor, mi amigo, traté de completar su análisis.

Sometido á la elevada y desorganizadora acción del soplete, y después de más de una hora, observé con asombro que mientras la tenaza que lo sostenía se había fundido, lo *otro* ni siquiera había cambiado de coloración. Me dió miedo.

Sin embargo, mi tenacidad, más fuerte aún que